

Soldados filipinos y marines norteamericanos en un ejercicio conjunto de entrenamiento antiterrorista.

Jonathan Boynes/US Marines Corp



[internacional]

FILIPINAS, temor a un nuevo califato

Un fuerte movimiento que ha jurado fidelidad al *Daesh* e integrado por yihadistas de varias nacionalidades mantiene el control de una zona de la isla de Mindanao

UNA guerrilla de varios movimientos islámicos armados se encuentra atrincherada en Marawi, una de las principales ciudades de la isla de Mindanao. Se trata de la coalición formada por los yihadistas de *Maute* y los herederos del grupo *Abu Sayyaf*, y que, comandados por el emir Isnilon Hapilon, se ha convertido en la facción terrorista más importante de Filipinas. En 2014 juraron fidelidad al *Daesh* y comenzaron una cruenta batalla en la zona del centro y el sur de Mindanao para conquistar terreno y someterlo a la

Sharia: el pasado 23 de mayo proclamaron el primer califato de la región Asia-Pacífico. El Ejército filipino, con la ayuda de unidades de operaciones especiales de Estados Unidos, tratan de impedirlo en una guerra que ha costado en los últimos dos meses más de 500 muertos, la mayoría civiles.

El aumento de la tensión internacional en toda esta región —la más poblada del planeta— motivado por la tormenta mediática del régimen norcoreano y sus ensayos nucleares y balísticos, junto a la creciente inestabilidad en el mar de China meridional, sitúan la insurrección

armada en el archipiélago filipino en el primer plano de la actualidad. Manila se ha colocado en el epicentro de una crisis que adquiere dimensiones globales y que puede arrastrar a la comunidad internacional a un nuevo conflicto yihadista de dimensiones insospechadas.

GUERRA DE GUERRILLAS

En este momento, la lucha se centra en evitar la toma de la ciudad de Marawi, de 200.000 habitantes. El grupo *Maute* cuenta con una importante afluencia de yihadistas llegados de todos los rincones del continente: fundamentalmente Ma-

lasia, Pakistán, Indonesia, sur de Tailandia y Singapur, pero también de Yemen, Arabia Saudita y Chechenia. Incluso se sospecha que algunos vienen del Magreb. Los islamistas filipinos se han vuelto expertos en la utilización de recursos propios de otras guerras de baja intensidad. Para la batalla de Marawi están empleando una verdadera red subterránea de túneles y cuevas, en parte ya existentes y otros excavados por ellos, que usan como depósitos de armas y refugios. La ley marcial decretada el pasado año por el presidente filipino, Rodrigo Duterte, no ha amedrentado a los yihadistas. Al contrario, les ha vuelto más violentos. Además, disponen de un cierto respaldo local y de auténticos consejeros militares y expertos en guerrilla urbana y revueltas insurreccionales, algunos de ellos procedentes de Siria e Irak.

Mindanao es la isla con mayor proporción de musulmanes del país, con casi cuatro millones. En todo el archipiélago los seguidores del Islam, aun siendo una minoría (un 8 por 100 frente a un 80 por 100 de católicos), suman cerca de nueve millones. Las autoridades de Manila temen que la guerra que se desencadenó en 2016 e intensificó en la segunda quincena del pasado mes de mayo, se eternice. El ministro de Defensa, Delfín Lorenzana, reconoce que la insurrección islamista les pilló por sorpresa. Los servicios antiterroristas evaluaban en un centenar el



Francis R. Malasig/EFE

Un miembro del Ejército filipino patrulla el pasado 30 de mayo un barrio de Marawi. El Gobierno ha decretado la ley marcial y se lucha calle por calle contra los yihadistas.

número de yihadistas atrincherados en Marawi. Pero tras los primeros combates, tuvieron que revisar al alza sus cálculos estimándolos en más de medio millar.

El grupo terrorista *Maute* dispone de una estructura interna de tipo mafioso, en la que un clan compuesto por los miembros de 40 familias coordina todas sus actividades, que van desde los secuestros al chantaje, pasando por el reclutamiento forzoso de combatientes y los atentados terroristas. El secuestro y posterior asesinato en noviembre de 2016 del ciudadano alemán Jurgen Kantner, por el que el grupo terrorista pedía un rescate de 570.000 euros, conmocionó a la

opinión mundial cuando el *Daesh* difundió las imágenes de su asesinato. Desde entonces, se han sucedido los vídeos de ejecuciones sumarásimas, asesinatos de rehenes extranjeros —a menudo sencillamente trabajadores de empresas que operan legalmente en el país—, y que, por desgracia, han situado a Filipinas en el mapa para una opinión pública internacional que apenas conocía el país.

A la cabeza de las tropas yihadistas atrincheradas en Marawi está Isnilon Hapilon, auto nombrado «jefe del Estado Islámico en el sudeste asiático». Se sospecha que está escondido en algún lugar de la ciudad protegido por una guardia pretoriana de seguidores fanáticos.

RADICALISMO PROGRESIVO

El primer movimiento musulmán filipino rebelde se remonta a los años 60 del siglo pasado. Fue la denominada Organización de Liberación Nacional (MORO) que en sus inicios tenía un marcado carácter regionalista y que se transformó en independentista cuando poco después de su creación integró al Movimiento de Independencia de Mindanao.

Tras las masacres por fuerzas gubernamentales de Jabidah, en 1968, y de Manila, en 1972, el grupo se radicalizó y se constituyó en movimiento armado dando origen al Frente Moro de Liberación Nacional. La insurrección en Mindanao no tenía entonces un carácter estrictamente religioso. Es más, el movimiento MORO se alió con las guerrillas comunistas que combatían al dictador Ferdinand Marcos. La mediación del entonces presidente li-



Dennis M. Saibangan/EFE

Cientos de familias huyen en septiembre de 2013 de la ciudad de Zamboanga, al sur de Mindanao, por el avance yihadista e independentista del movimiento MORO.

bio, el coronel Muamar el Gadafi, permitió alcanzar en 1976 un acuerdo entre los insurrectos y el gobierno de Manila que hablaba de un proyecto de autonomía de 13 provincias de Filipinas. Pero el referéndum de abril de 1977 fue boicoteado por los independentistas y se volvió al punto de partida.

Tras el derrocamiento de la dictadura de Marcos y la llegada al poder de Cory Aquino se retomaron las conversaciones y se alcanzó el Acuerdo de Yedah, en Arabia Saudita. El tratado, negociado por el Frente Moro y el nuevo Gobierno de Manila, reforzaba la «región autónoma de la Mindanao musulmana». Sin embargo, algunos movimientos rebeldes se escindieron del grupo central y se opusieron a la firma de los acuerdos, entre ellos el escindido Frente Moro Islámico de Liberación (FMIL) y el grupo *Abu Sayyaf* (también denominado *Al-Harakat al-Islamiyya*, que significa en árabe «padre del fabricante de armas» creado en 1992 con fondos financieros de *Al Qaeda*, a quien juró fidelidad). La rivalidad entre los diferentes movimientos armados se debía más al deseo de poder que a diferencias ideológicas y políticas. Tan es así, que cuando se reanudaron los contactos entre Manila y el FMIL en 2013, varios centenares de insurgentes se opusieron a las negociaciones, volvieron a retomar el nombre de movimiento MORO y se lanzaron a una serie de ataques terroristas, capturando rehenes y atrincherándose en la ciudad de Zamboanga en una cruenta batalla contra el Ejército. Los insurrectos no querían quedar marginados y perder protagonismo.

En 2014 se alcanzó otro acuerdo de paz entre el FMIL y el gobierno, y, de nuevo, hubo partes que no lo aceptaron: un grupo de dirigentes del movimiento de *Abu Sayyaf* juró obediencia al autodenominado Estado Islámico. Le siguió el grupo *Mauts*, fundado el año anterior y dirigido por Isnilon Totoni Hapilon. Este último,



Rafa Navarro

consiguió unificar los dos movimientos y el 23 de mayo de 2017, con varios centenares de combatientes lanzó su ofensiva contra Marawi con el objetivo de proclamar un califato islámico en el sudeste asiático.

UN ALIADO INCÓMODO

Pero no es este el único problema al que debe hacer frente el Gobierno de Manila. El narcotráfico floreciente en el archipiélago y la corrupción, preocupan tanto o más, ya que fragilizan el entorno

de Filipinas y aumentan peligrosamente su inestabilidad. El presidente Duterte, que resultó vencedor en las elecciones de mayo de 2016, pretende hacer frente a la droga *manu militari*. En su guerra al tráfico de estupefacientes, Duterte utiliza el Ejército, que a base de una violenta e indiscriminada represión contra la población, ha provocado el descontento y alimentado a los movimientos insurgentes, incluidos los islamistas. En el último informe elaborado por Amnistía Internacional, el presidente es acusado directamente de asesinatos deliberados susceptibles de ser considerados «crímenes contra la Humanidad». Las principales víctimas de la guerra contra el narcotráfico son las poblaciones pobres y marginales, y la guerra de Duterte —calificada como «sin cuartel y sin justicia» por las organizaciones internacionales de Derechos Humanos— retroalimenta el terrorismo y se convierte en el problema y no en la solución.

Filipinas es un aliado incuestionable de Occidente —y, sobre todo, de Estados Unidos— en la lucha contra el terrorismo del *Daesh*. Pero su presidente es un socio detestable para algunos, necesario para muchos, e incómodo para todos. Sus órdenes tajantes y antidemocráticas dirigidas públicamente a sus tropas ponen a los gobernantes occidentales ante la tesitura de verse obligados a apoyar a un dictador que no duda en mancharse las manos

de sangre: «Os ordeno aplastar a vuestro enemigo. Y cuando digo aplastar, significa destruir todo, incluidas vidas humanas».

A finales del pasado mes de abril, el presidente Donald Trump le invitó a visitar la Casa Blanca. La fecha está aun por determinar. Washington quiere tener controladas todas las piezas del puzzle Asia-Pacífico, y Filipinas tiene un papel clave en el tablero. Además, el próximo noviembre se celebrará en Manila la cumbre de la Aso-



Rolox de la Peña/EFE

El presidente de Filipinas, Rodrigo Duterte, durante la conmemoración del 70º aniversario del Ejército del Aire, el pasado 4 de julio.



Mark R. Cristiano/EFE

Policías del cuerpo de seguridad especial de Filipinas se preparan para responder a una manifestación contra la política del presidente Duterte celebrada el 8 de julio en la capital del archipiélago, Manila.

ciación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), a la que acudirá Trump según ha confirmado el vicepresidente Mike Pence desde la Casa Blanca. La Administración estadounidense no ve con buenos ojos el flirteo de Manila con Pekín y Moscú, y no quiere que su «aliado» le juegue una mala pasada.

Las amenazas de Duterte de «romper con Occidente» si mantiene sus críticas suenan más a palabras huecas, propias del juego negociador, que a una deliberada voluntad política. Según todos los escenarios que manejan las oficinas de estrategia, Filipinas simplemente no puede permitírselo y no posee la voluntad ni la capacidad de hacerlo. Manila mantiene desde hace más de 70 años importantes relaciones económicas y culturales con EEUU, pero, sobre todo, militares y de seguridad. Ambos países están vinculados por un Tratado de Defensa mutua firmado en 1951 según el cual Filipinas se compromete a adquirir a Estados Unidos al menos las tres cuartas partes de su

armamento. El Pentágono, por su parte, mantiene un importante programa de asistencia y formación.

Además, las Fuerzas Especiales del *US Army*, cooperan estrechamente con las Fuerzas Armadas filipinas en la lucha contra la insurgencia en el archipiélago. Desde 2002, el Pentágono ha enviado a suelo filipino unidades de combate en virtud de un acuerdo firmado entre ambos países, conocido como el *Enduring Freedom*. En los últimos meses, 1.200 efectivos estadounidenses han sido desplegados en Mindanao (entre ellos, unidades de élite, consejeros militares y agentes de inteligencia). Según la Constitución filipina, los «asesores extranjeros», en este caso norteamericanos, no pueden intervenir directamente en los combates —salvo casos de legítima defensa—, y deben limitar su función al entrenamiento y a la información de inteligencia.

Duterte quiere sacar ventajas de la situación creada por las excelentes relaciones que tejieron el anterior presidente

filipino, Benigno Aquino, y el estadounidense, Barack Obama, quienes firmaron en 2014 un Acuerdo de defensa por diez años, según el cual Manila permitía un importante aumento en las cifras de fuerzas especiales norteamericanas desplegadas en el país a cambio de una mayor protección de Washington. El entonces presidente Aquino llegó a anunciar la reapertura de cinco bases estadounidenses en Filipinas (los americanos abandonaron la isla en 1992). Entre ellas está la estratégica base de *Subic Bay*, situada a 270 kilómetros del atolón de Scarborough, frente al mar de China meridional, espacio de alta sensibilidad para los EEUU. La zona vive un momento de tensión por las maniobras y movimientos de la Armada china sobre un área de pequeñas islas que reivindicaban tanto Pekín como Manila. Por el momento, no hay certeza de que se hayan iniciado conversaciones para permitir que Washington vuelva a instalar allí su Flota del Pacífico.

Pedro Canales

El Gobierno del presidente Duterte mantiene una durísima represión contra el narcotráfico y la delincuencia